

Stravinsky: el clasicismo y las corbatas

Era en vísperas de estrenarse el "Apolo Musageta". Igor Stravinsky iba todas las tardes a la oficina del "Pleyela"—Avenida de la Opera—para fabricar rollos de ejecución automática con sus obras. Se encerraba en el sótano, en una pequeña cámara, llena de teclados, punzones, reglas, lápices y tiralíneas. Comenzaba por enriquecer partituras de "Bodas" y "El Ruiseñor" con anotaciones de una precisión matemática. Luego todo esto comenzaba a sonar bajo sus dedos rechonchos y potentes. A medida que la labor adelantaba, el terrible Igor se despojaba de su americana, de su chaleco, de su reloj-pulsera. Ya en *pull-over*, con aire de boxeador que se entrenara con un instrumento en vez de usar *punching bag*, el compositor se entregaba a tareas feroces. Alteraba la arquitectura de sus acordes, en busca de una sonoridad exacta. Daba manotazos implacables al piano. Y de pronto lanzaba exclamaciones de victoria que llegaban hasta la calle:

—¡Ya! ¡Sinvergüenza! ¡Ya te encontré!

Una tarde, Stravinsky vacilaba en dejar dentro de un acorde cierta nota que le imprimía durísima sonoridad. Después de un combate misterioso con su propia razón, supimos que el Stravinsky de "Le Sacre" había triunfado sobre el de la "Serenata". Dentro de su cámara, el músico gritaba:

—¡Eso es! ¡Ré bemol! ¡Sin piedad! ¡Sin piedad!

Los resultados de esas jornadas de alquimista eran prodigiosos. Los rollos hechos por Stravinsky eran de tal calidad que superaban a todos los impresos hasta entonces. Los de "Petrouchka" tenían dinamismo y riqueza orquestales. En la "marcha china" de "El Ruiseñor", el compositor había realizado el milagro de hacer sonar una auténtica trompa en los bordones del "Pleyela"... Cada página que se iba plasmando en la cinta de papel, nos ofrecía múltiples motivos de sorpresa.

Cierta vez, varios compositores jóvenes estaban reunidos junto a un "Pleyela", escuchando los resultados de la última labor de Stravinsky. Apareció de pronto el compositor. Una corbata de colores estrepitosos se asomaba al escote de su *pull-over*. Alguien dijo en tono de broma:

—¡Qué hermosa corbata, maestro!

Stravinsky respondió tranquilamente:

—Quien compone la más bella música del mundo, tiene el derecho de usar las más hermosas corbatas.

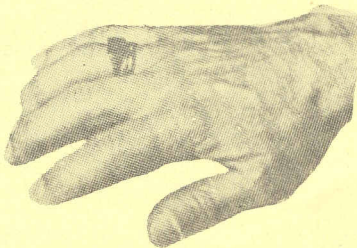
Aquel día tuvimos la sensación muy neta de que sólo aquel hombre, sobre la faz de la tierra, podía pronunciar tales palabras sin ponerse en ridículo.



Igor Stravinsky, quizá el mejor músico de la época

suscitó un "caso Stravinsky". Su retorno a Bach parecía un hecho decisivo. Los académicos aplaudieron a rabiar; los rezagados bailaron gavotas sobre lo que creían ser las ruinas del "Sacre du Printemps" o de la "Sinfonía" escrita en homenaje a la memoria de Debussy. Poco faltó para que se intercambiaran cables y telegramas de congratulación. ¡Stravinsky renunciaba a sus sonoridades bárbaras! ¡Stravinsky volvía a las virtuosas fuentes clásicas! ¡Stravinsky se pasaba a las derechas barbudas!

Sin embargo, un año más tarde, el compositor dejaba caer, desde su villa de Niza, una obra tranquila, aunque alarmante para los que lo creían estabilizado: la "Serenata en cuatro tiempos", para piano. Una "Romanza" casi romántica, y un "Himno" de estilo noble y nada clásico parecían anunciar nuevos virajes. Sin embargo, el "Oedipus Rex" nos hacía volver a Haendel, destruyendo las dudas del momento... Pero el "Apolo Musageta", a pesar de la serenidad de algunas de sus páginas, presentaba ya síntomas inequívocos de un desplazamiento de Stravinsky hacia el siglo XIX. ¡Había que dejar toda esperanza de retenerlo en los calveros académicos! Esta vez Stravinsky volvía a nosotros en línea recta... Su última obra, el "Capriccio" para piano y orquesta, nos vino a demostrar que el músico salvaba velozmente las etapas del camino... Esta producción extraordinaria nos presenta al más anti-romántico de los músicos conjugando a su manera un estilo musical que fluctúa entre Chopin y Liszt... "Stravinsky está acabado" dicen algunos. "Nunca ha tenido tanto talento como ahora", afirman otros... Mientras tanto, los que tuvieron la curiosidad de seguir paso a paso el desenvolvimiento de su prodigiosa carrera de creador, se preguntan, con ardiente curiosidad, cómo terminará este insólito viaje de Stravinsky a través de los estilos muertos.



La mano maravillosa

Se preparaba entonces una nueva audición de "La consagración de la Primavera". Stravinsky hacía temblar los cinco pisos de la Salle Pleyel con sus ensayos de batería sola. Después, se trasladaba al Teatro de los Campos Elíseos, donde sus obras de juventud serían ejecutadas en un concierto especial. Batuta en mano, retorciéndose como un reptil, marcando con claridad de metrónomo, Stravinsky trabajaba su primera sinfonía, en la sala decorada por el insoportable Maurice Denis. El compositor hacía comentarios, para sus músicos, en más de un pasaje. Se escuchaban tres compases de ritmos complicados. La batuta caía secamente sobre el atril:

—Cuiden este fragmento... El "Sacre" ha salido de aquí.

Una semana después se estrenaba el "Apolo Musageta" en los Ballets Rusos. ¡Estupefacción general! Aquello era una majestuosa oda para cuerdas solas, con cadencia alejandrina y períodos clásicos, enriquecidos por discretísimos toques románticos.

—No sé adónde quiere llevarnos Stravinsky con todo esto—me decía, sinceramente sorprendido, Arthur Honegger.

Cocteau, en traje gris y zapatos de gamuza avellana, llegó a tiempo para formular esta conclusión de malabarista hábil:

—Mon vieux... Stravinsky es un tiburón que pretende cantar ahora como un ruiseñor...

Es indiscutible que en 1924, con la aparición de la "Sonata" para piano, se

Es cierto que las sucesivas incursiones realizadas por Stravinsky durante estos últimos años, en tierras del pasado, constituyen un caso único en la historia de la música. Pero el desconcierto del público y de parte de la crítica ante este hecho, proviene, a mi juicio, de una manera harto primaria de enfocar el problema. Se ha esperado que Stravinsky escribiera el "Concerto", la "Sonata" y el "Oedipus Rex" para hablar del espíritu clásico que anima su obra. Sin embargo, un estudio detenido de su producción pasada nos indica que ese espíritu no anduvo nunca tan lejos de él como podría parecerlo a primera vista. No olvidemos que bajo la feria rusa de "Petrouchka" se oculta una sinfonía perfectamente equilibrada. El "Piano Rag

Music" es casi una sonata. La "Sinfonía" para maderas y metales es de una lógica y claridad sorprendentes. "Las Bodas" es obra construída con espíritu clásico, con un final casi concebido como *rondó*. . . La diferencia entre estas creaciones y las actuales de Stravinsky sólo proviene de un diferente voltaje en la tensión rítmica y sonora, y de una distinta calidad de materiales melódicos. . . Aparte de ello, el fondo del estilo harmónico de Stravinsky no ha variado, y el reciente "Capriccio" resulta tan personal, tan característicamente suyo, como "Mavra", "El Zorro" o "La historia del soldado".

A pesar del aspecto huracán de algunas de sus obras, Stravinsky ha escrito siempre y ante todo en función de la arquitectura—lo que equivale a decir que el espíritu clásico no lo abandonó nunca.



Arthur Lourié, el más agudo exégeta de Stravinsky, me dijo cierta vez una frase reveladora:

—Cuando estudiamos algunas de las obras recientes de este compositor, es menester que tengamos en cuenta su *contenido polémico*.

Stravinsky, hombre actual, no puede resistir con los brazos cruzados al espectáculo de su época. Su obra ha suscitado discusiones innumerables y ha tenido una influencia peligrosa sobre muchos compositores. El espíritu del "Sacre", el espíritu de "Mavra", el espíritu de "Pulcinella", han creado escuelas. Sus procedimientos técnicos forman parte del abecedario del músico moderno. Stravinsky

se ve rodeado de epígonos y súbditos. ¡Ha llegado, pues, el momento de lanzar un panfleto que destruya etiquetas demasiado fáciles! . . . En un instante en que nadie piensa en Bach, Stravinsky escribe una sonata neo-clásica—sin perder su personalidad—capaz de desconcertar a todos sus turiferarios aprovechados. La causa de la música no se ve dañada por el intento, pero la lección es de las que fecundan una generación. . . Y Stravinsky prosigue sus demostraciones sin destruirse a sí mismo: aborda a Haendel, Scarlatti, el ballet clásico, el ballet romántico ("El Beso del Hada"), el estilo pianístico Chopin-Liszt, saliendo más remozado de cada empresa. . . Así como pudo utilizar el motivo español de "No me mates con tomates" en un "Estudio para orquesta", todavía inédito; así como escribió la Marcha Real de "La Historia del Soldado" dislocando un aire de pasodoble oído en Madrid; así como logró componer un "Galop" a lo Offenbach, sin dejar de ser el enorme Stravinsky, hoy puede recorrer la historia de la música, jugando magistralmente con los estilos más catalogados, sin perderse. . . Cada uno de estos estilos es una "hermosa corbata" más que anuda a su antojo, para demostrar, sin que podamos afirmar lo contrario, que "escribe la más bella música del mundo". . .

La leyenda—tan grata para algunos—del regreso de Stravinsky al pasado, está definitivamente desacreditada.

Alejo CARPENTIER.